

el suroeste, asegurándonos nuestro guía que seguíamos *el camino de los antiguos*, cuando sólo era probablemente alguna vereda de los apaches. Desde aquel paso, bastante estrecho, divisábamos de cuando en cuando, ora de un lado, ora del otro, amplios cuadros lejanos del estupendo paisaje, mientras nuestras bestias efectuaban con tarda marcha el ascenso para llegar á la cumbre. Allí nos esperaba una vista extraordinariamente hermosa, que podía disfrutarse saliéndose un poco del camino para ganar un promontorio llamado "Punto Magnífico," según nos dijo nuestro guía. Aquella elevación de 8,200 pies nos proporcionó ciertamente el espectáculo de más grandiosa magnificencia de que he gozado jamás en la Sierra Madre.

Delante y abajo se ensanchaba un océano de montañas en cuyo centro, situado exactamente frente á nosotros, había imponentes mesas revestidas de pinos y dos airosos pináculos de rojizo conglomerado, y en seguida dilatábanse hacia la lejanía cordilleras y cordilleras, picos y picos, pareciendo llegar por el sur á una distancia no menor de ochenta millas. Nos señalaron la dirección de los ríos que corrían á inmensas profundidades entre las montañas, siendo el principal el Aros, que abraza la mayor parte de las mesas desde el occidente y se vuelve en seguida hacia el sur, recibiendo como tributarios al Tutuhuaca y al Mulatos, que precisamente estaba tras uno de los pináculos. Al oeste del río Aros se ensancha la dilatada Mesa de los Apaches, principal acantonamiento de éstos en otro tiempo, que llega hasta el río Bonito. La planicie se llama también "la Mesa del Espinazo del Diablo," á causa de una alta y muy estrecha cresta que se levanta de modo muy visible de la orilla occidental de la mesa, ensanchándose tanto al norte como al sur á manera de una gigantesca sierra. Con gran sorpresa nuestra, nos señaló el guía por dónde pasaba el camino real de Nacori sobre una garganta del Espinazo del Diablo, siguiendo por sobre varias escarpadas colinas que descienden

hacia la mesa. Entre el río Bonito y el Satachi, se tiende otra meseta. Al oeste y á mayor distancia, se levantaban las corpulentas sierras de Nacori que á la luz del sol, ya próximo á ocultarse, figuraban un haz de relámpagos. Bajo la transparencia del aire todo el panorama aparecía como bañado por un vapor azul.

Inmediatamente abajo de nosotros, á nuestra izquierda, estaba Guaynopa. Tan perpendicular se veía la ladera de la montaña que juzgábamos imposible el descenso, pero como llegaban hasta nosotros las voces de nuestros arrieros que cantando conducían á los animales, mil pies abajo del lugar en que nos hallábamos, recordamos que lo mejor que podíamos hacer era llegar al campo antes de que la oscuridad nos rodeara. Descendimos 2,500 pies, y una vez fuera de la región de los pinos, nos encontramos bajo un clima más cálido. Dijonos el guía que allí nunca nieva, pero pronto supimos en qué otra forma se precipita el agua en aquellos lugares, por la sencilla razón de haber sido detenidos por la lluvia durante dos días.

Ya no nos separaban más que dieciocho millas de las desiertas minas de Guaynopa. El camino era penoso por ser casi todo de subida por sobre colinas, pero llegamos, al fin, á una rápida pendiente cubierta de encinas, que nos proporcionó un descenso continuo hacia Guaynopa, y fuimos recorriendo en zigzag. Á nuestro paso, pudimos divisar al otro lado del arroyo una gran caverna con casas y algunas construcciones blancas de forma cónica que parecían estar á media altura del opuesto costado, el cual tenía por lo menos dos mil pies de profundidad. Con mi anteojo de campo pude distinguir muy claramente un grupo de casas del tipo más general, y reconocer como graneros semejantes á los del Valle de las Cuevas, las grandes construcciones blancas. Mi intención era volver á examinar más de cerca dicha caverna, tan luego como hubiese encontrado sitio á propósito para acampar; pero las circunstancias me lo im-



pidieron. Con todo, Mr. G. P. Ramsey visitó varios años después la cueva, y me ha proporcionado la breve descripción siguiente.

Se halla ésta situada como á veinticinco millas en línea recta al sur de la colonia mormona de Chuhuichupa. Hay en la cueva indicios de un manantial, y uno en la barranca misma. Las casas se hallan en muy mal estado por la acción de los elementos y de los animales; pero pudieron contarse cincuenta y tres cuartos sobre una terraza de la roca, extendidos del extremo derecho al fondo de la caverna. Dicho extremo derecho avanzaba un poco sobre la roca saliente y sostenía grupos de casas de dos pisos. En el centro de la gruta, había varias construcciones pequeñas, hechas del mismo material, y semejantes á las que he descrito como graneros, todavía en excelente condición. Como se puede advertir desde luego por la lámina, son casi idénticas á los graneros actualmente en uso en algunos estados del sur de México.

Proseguimos nuestro descenso, y después de bajar como 2,000 pies, nos encontramos junto á unas solitarias casas de adobe, de aspecto nada atractivo, construídas por los españoles y reputadas como la fundición de las abandonadas minas de Guaynopa. Sólo quedan las paredes desnudas, levantadas sobre una pendiente tan empinada que no dejaba espacio suficiente para acampar, por lo cual, avanzamos hasta llegar á la cima de una colina próxima, donde hallamos un sitio aceptable.

Aquella localidad era, pues, la famosa Gaynopa, donde se cree que hay ocultas fabulosas riquezas. De esta y otra mina próxima, también célebre, llamada Tayopa, dícese que fueron trabajadas por los jesuítas, quienes antes de ser expulsados de México estaban en posesión de casi todas las minas del país. Según la tradición, los apaches mataron á cuantos encontraron allí, y las minas han permanecido olvidadas hasta tiempos recientes en que volvió á saberse de



Casas y graneros antiguos junto al río Aros.



ellas, gracias á unos archivos eclesiásticos y á otros documentos españoles. Hanse enviado, á fin de localizarlas, varias comisiones, una de las cuales, me parece, fue nombrada por el Gobierno; pero situadas en lo más áspero é inaccesible de la Sierra Madre, estándó quien las descubra, lo que aun no ha sucedido que yo sepa. Es indudable que la región encierra plata mineral muy rica de que nosotros mismos encontramos muestras; pero el terreno es tan infranqueable que se requeriría un enorme capital para laborear las minas.

Seguía un camino plano por la pendiente de la colina, que llevaba hacia el río Aros, á distancia apenas de dos millas; pero el terreno era tan agreste y accidentado que había que observar el mayor cuidado con los animales para que no se causaran daño. Corre luego el sendero por sobre una empinada ladera que, desde una perpendicular roca suelta, baja como cuatrocientos pies dentro de la barranca. Siendo el declive de cerca de  $45^{\circ}$  y no llegando en algunos puntos el paso sino á un pie de anchura, no hay salvación para el animal que tropieza ó se le resbala la carga. Todo, sin embargo, marchaba bien, hasta que llegamos á un lugar donde el camino comenzaba á descender, cuando nuestro pícaro guía trató de hacer volver á algunos burros, en vez de conducirlos cuidadosamente uno por uno, obteniendo por resultado que uno de los pobres animales rodase dando enormes rebotes y cayendo sin detenerse á cien pies de profundidad, donde, por supuesto, quedó muerto.

Vadeamos sin dificultad la corriente del Guaynopa, cerca de donde se junta al río Aros, y escogimos para acampar una terraza á doscientos pies sobre aquélla, que es la misma que pasa al pie de la caverna arrastrando considerable volumen de límpida agua que ha dejado visibles y abundantes señales de la altura que alcanza en ocasiones. Aquel vado, á una elevación de 3,400 pies, poco más ó menos la misma que la del río Aros, fue el punto más bajo á que



llegamos en nuestro paso por la Sierra Madre entre Chuhui-chupa y Temosáchic. Empleamos casi todo el día para lograr que nuestros animales recorrieran la milla y media que había hasta dicho campamento. En el camino habíamos encontrado algunos buenos cristales de cuarzo en la capa de barita, como de cuatro pulgadas de espesor y ocho de anchura.

El terreno de enfrente parecía más inaccesible y hostil á permitirnos penetrar un paso más en su misterioso recinto, pero el guía se mostraba tan sereno como si estuviera en su propia casa.

Fue nuestra marcha hacia el río Chico un incesante subir y bajar en un trayecto de treinta millas, ascendiendo á 7,600 pies y descendiendo hasta 3,000. Al principio era casi imposible caminar, pues donde el suelo no estaba cubierto de peladas rocas, hallábase poco ménos que obstruído por yerba muy crecida. Efectuamos el primer ascenso, de más de una milla, en línea recta, y poco después hubimos de emprender el escalamiento más arduo que hasta entonces había jamás intentado en mi vida. La senda subía más y más en largos zigzags por la montaña, sin que hubiera esperanza de que los animales pudieran descansar en tres cuartos de milla, por lo menos, y era necesario irlos empujando, pues de otro modo hubieran rodado inevitablemente. La gran mula blanca "El Chino," cuando hubo trepado casi hasta la cima, se volvió atolondradamente en la "cumbre coronada de gloria," y doblándosele las patas posteriores, dio un vuelco atrás, cual si fuese una rueda, con las dos grandes cajas que cargaba. Por fortuna fue á chocar contra el grueso tronco de una vieja encina que sobresalía en ángulo obtuso de la pendiente, como noventa pies abajo, y dando otra vuelta sobre el tronco, quedó curiosamente detenida entre las horcadas ramas que reprimieron el ímpetu de la caída, haciendo que se soltara la carga y cayese el animal de lomo sobre la espesa yerba. Una de las cajas

quedó cerca, y lo otra, en que iban nuestros libros, se precipitó doscientos pies más lejos, rompiéndose y regando á los vientos la sabiduría de los siglos, en tanto que la mula quedó ilesa en absoluto.

Tres horas más tarde, llegaron los burros que los arrieros habían conseguido subir á fuerza de empellones para impedir, según nos dijeron, "que se quedaran dormidos."

Al proseguir nuestro camino hacia el río Chico, veíamos cambiar continuamente el panorama de la sierra: ya era un paisaje lateral de la Gran Mesa de los Apaches; ya enormes pináculos disgregados de conglomeración desgastada, que se erguían á manera de campanarios sobre las desiertas rocas, variando de color desde el rojo hasta el plomo; ya un estrecho del río Aros, á una profundidad de 3,000 pies en el angosto y desolado valle. La formación geológica de la región es, en su mayor parte, volcánica, en seguida conglomerada, y porfírica en los altos puntos.

Acampamos sobre la cresta del cañón oriental del río Chico, en un sitio ideal y bien aireado. El hermoso prado de la pendiente, donde veíamos pacer y descansar pacíficamente á nuestros animales, semejaba un cuadro digno de la Arcadia; pero hacia el oeste se alborozaba la vista con el gran panorama de la sierra. La cuenca del valle de río Chico se elevaba desde el fondo de la garganta en figura de V, llena de precipicios en los bordes, y de numerosas grietas que ascendían más abruptas desde el lecho del río.

Mi arriero principal se enfermó entonces por los efectos del zumaque, pues era uno de los infortunados que más especialmente los resienten. Bastábale, según él, pasar junto á la planta para sentirse mal. En el caso á que me refiero, ni siquiera sospechaba donde había contraído la dolencia, hasta que el cocinero le señaló algunas de dichas plantas que crecían junto á una encina próxima á la tienda donde había instalado su cocina. El pobre hombre tenía los labios muy inflamados, sentía agudos dolores en los ojos



y no se podía mover. Según nos dijo, la enfermedad le duraba á veces hasta diez días y la piel se le ponía tan tierna que no podía sufrir ni el roce de la ropa; pero aplicándole en las partes enfermas una solución de sosa, no sólo pude aliviarle sus dolencias, sino dejarlo capaz para continuar á los dos días caminando con nosotros.

Entre tanto, habíamos examinado algunas cuevas abiertas en el conglomerado de la barranca, como á doscientos cincuenta pies arriba del fondo y de acceso bastante difícil. La agrupación de casas ocupaba todo el ancho de la caverna, que era de ochenta pies, y había una pared maestra de piedra y madera al frente de la construcción. Los muros eran de piedras unidas con una argamasa preparada con arena disgregada de las rocas de la misma caverna, y estaban cubiertos con el mismo cemento por dentro y por fuera. Las ventanas tenían dinteles de madera y se encontraron hileras de estacas en posición perpendicular en el cuerpo de dos de las paredes. Á dos pies de un costado de la gruta, había una pequeña torre, derruida también, que medía por dentro cuatro pies de diámetro, y cuyas paredes eran como de seis pulgadas de grueso.

Los pináculos de conglomerado constituyen uno de los rasgos característicos del paisaje que se extiende al oeste del río, y más lejos aparecen otras formaciones volcánicas. Veinte millas más delante, nos encontramos de nuevo entre pinares á una altura de 7,400 pies, y nos acometió, á mediados de febrero, una lluvia y granizada bastante fuertes, no obstante que nos refugiamos en un estrecho valle bajo los grandes pinos. Pronto cesó la tempestad y siguió una nevada en extremo fría. Matamos allí un paró y un carpintero, y los azulejados cantaban sobre la nieve.

Recorridas otras once millas, llegamos á los llanos de Naverachic, donde nos detuvimos. Era una felicidad vernos de nuevo en terreno comparativamente plano, pero por extraño que parezca, sentía tanto el frío, que tuve que andar

bastante á pie para conservar mi calor. La palabra Naverachic es de origen tarahumar: *navé* significa *mover*, y *ráchi* designa la formación traquítica desintegrada que hay en las cavernas.

Salimos, por fin, de una región sólo atravesada entonces por pocos aventureros analfabetas, no obstante haber sido ocupada alguna vez por un pueblo floreciente, de cultura igual á la de los actuales indios de Los Pueblos, y desaparecido no sabemos cuántos siglos hace. En todo él, reinaban la grandeza de la antigüedad y la solemnidad de la tumba.